

MI MUNDO

PETER SAGAN



© Peter Sagan 2018.

Publicado originalmente como *My World* por Yellow Jersey, un sello de Vintage. Vintage, forma parte del grupo de empresas Penguin Random House.

© Libros de Ruta Ediciones, S.L., 2018.

Bilbao-Galdakao errepidea 10-3

48004 Bilbao

info@librosderuta.com

www.librosderuta.com

Primera edición: octubre 2018

Traductor: David Batres Márquez

Edición: Eneko Garate Iturralde

Portada y maquetación: Amagoia Rekeró García

ISBN: 978-84-949111-3-2

Depósito legal: BI-1400-2018

Impreso en España por Leitzaran Grafikak

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

CON LA VERSIÓN IMPRESA, GRATIS VERSIÓN DIGITAL DEL LIBRO.

Si ha comprado este libro y quiere disponer también del mismo en formato digital, escriba su nombre y apellidos en la primera página con bolígrafo o rotulador. Saque luego una foto de dicha página y envíela a info@librosderuta.com. Una vez recibamos su email con la foto, le enviaremos la versión digital del libro a su dirección de correo electrónico.

Para mi hijo Marlon.
Este libro trata de mis mayores victorias en el ciclismo.
Tú eres mi mayor victoria en la vida.

ÍNDICE

Prólogo.....	9
--------------	---

PRIMERA PARTE: RICHMOND

Invierno 2015.....	27
Eslovaquia.....	41
Primavera 2015.....	49
Verano 2015.....	65
La familia.....	79
Otoño 2015.....	95

SEGUNDA PARTE: DOHA

Invierno 2016.....	113
Sobre Tinkov.....	125

Primavera 2016.....	131
Los esprints.....	145
Verano 2016	155
Otoño 2016.....	183

TERCERA PARTE: BERGEN

BORA - hansgrohe.....	205
Invierno 2017.....	211
Primavera 2017.....	219
El Team Peter.....	233
Verano 2017.....	247
Los demás.....	265
Otoño 2017.....	279
Epílogo.....	289
Imágenes.....	315
Índice onomástico.....	319

24 DE SEPTIEMBRE DE 2017

PRÓLOGO

Ya es la décima vez que los mástiles de las fragatas se alzan, amenazantes, a nuestra derecha. Igual que en todas las ocasiones anteriores que pasamos por aquí, mi olfato capta un cambio de olores. La placentera humedad de una mañana escandinava en fin de semana, se difumina ante el pesado olor de la bahía, inundado por la humeante oferta de decenas de puestos de comida rápida a la parrilla. En ellos, los hambrientos aficionados al ciclismo pueden encontrar hasta la última variedad de carne o pescado que se pueda meter entre dos pedazos de pan.

Es la larga curva a izquierdas que separa el litoral de las coloridas viviendas urbanas típicas de este hermoso y viejo puerto. La primera vez que cruzamos por aquí, tras apenas 40 kilómetros recorridos, el ritmo era bastante tranquilo. Serían poco más de las 11:00 de esta mañana. En la siguiente media docena de veces que pasamos frente al vaivén de los mástiles y el zumbido de los aparejos, el ritmo había ido endureciéndose, provocando que, en cada ocasión, cada vez fueran menos ciclistas los que aguantaban. Tras las últimas dos o tres vueltas por el escarpado trazado de

Bergen, de los casi doscientos que habíamos tomado la salida por la mañana, apenas parecíamos quedar sesenta. Un comisario de la UCI comienza a hacer sonar de manera furibunda una gran campana de latón, indicándonos que da comienzo la última vuelta. De repente, soy plenamente consciente de que a mi espalda llevo puesto el dorsal número uno. Son las cuatro de la tarde, y es bastante probable que apenas me quede media hora como campeón del mundo de ciclismo.

Podéis estar seguros de que la carrera fue todo un caos.

El ritmo había sido muy lento al principio, lo que no podía haberme venido mejor. Llevaba un par de días sin poder comer ni beber de manera adecuada. El culpable fue un revoltijo en el estómago que me sobrevino en mi casa de Mónaco, en el peor momento posible: el viernes. Y eso había sido el colofón a una semana sin tocar la bici por culpa de un proceso gripal. No me voy a poner a lloriquear por haber estado enfermo, ya que tampoco es que sea algo que me pase muy a menudo, pero puedo afirmar que mi preparación durante aquellos últimos quince días no había ido de la manera que me hubiera gustado para afrontar uno de los momentos cumbre del calendario ciclista. Había sido campeón del mundo los dos últimos años, pero tenía en mi mano todas las papeletas para perder el maillot arcoíris de la UCI. Incluso aunque hubiera gozado de una salud de hierro. Para casi todo el mundo, el circuito era demasiado complicado para un ciclista considerado un esprinter «capaz de pasar una tachuela», y no un verdadero especialista en finales complicados, como Julian Alaphilippe, Philippe Gilbert, o mi predecesor como campeón del mundo, Michał Kwiatkowski.

PRÓLOGO

También pensaban que estaría demasiado marcado como para poder dar la sorpresa por tercera vez, y que los equipos más potentes tenían en su cabeza aquella canción, «Won't Get Fooled Again¹». Además, la lógica hacía pensar que a esos mismos equipos no les iba a resultar muy complicado desbaratar el trabajo de nuestra pequeña banda de eslovacos cuando intentáramos controlar la carrera.

La escapada se había formado nada más comenzar la carrera. La salida estaba situada en una pequeña ciudad no muy lejana, para después encarar las doce vueltas al trazado que transcurría por el centro de la ciudad de Bergen, pasaba por la bahía, el paseo marítimo y Salmon Hill. En muchas carreras ocurre que, durante la primera hora, se desata una batalla desesperada en la que todo el mundo intenta conseguir plaza en la escapada del día. Después, se tirarán toda la jornada delante del grupo de los hombres más fuertes, quienes, inevitablemente, acabarán neutralizándolos al final. Pero por suerte para el revoltijo que tenía en el estómago, en esta ocasión no fue así. Hubo una escaramuza, y la escapada se formó. Hasta que no nos sacaban cosa de diez minutos, los casi doscientos restantes no nos pusimos a correr un poco. Y para entonces ya comenzaba a sentirme ciclista otra vez.

Tenía que haber llegado a Bergen hace cosa de diez días, más o menos. El plan era unir mis fuerzas con las de mis compañeros del BORA - hansgrohe para disputar la crono por equipos comerciales, que se disputó hace una semana. Esta crono por equipos es relativamente nueva entre las pruebas que dan forma

¹ Nota del Traductor: una de las canciones más conocidas del grupo británico de rock The Who. La traducción en español del título vendría a ser «No volverán a engañarnos».

al programa de los mundiales de ciclismo en ruta, y son un poco raras, ya que sigues corriendo para tu equipo profesional en lugar de para tu país, como ocurrirá en el resto de pruebas que conforman los mundiales. Si hay algo que atraiga a los aficionados al ciclismo de los mundiales, es que les brinda la oportunidad de agitar la bandera de su país en lugar de ponerse la gorra de béisbol de un banco, una marca de bicicletas o un extractor de humos de cocina. Además, como las pruebas se disputan sobre un circuito, en lugar de partir de un lugar para llegar a otro punto diferente, son eventos mucho más agradecidos para los aficionados a la hora de acudir a presenciarlos. Y vienen de todos los lugares del mundo para gritar, animar, beber, y si hay suerte, celebrar. Los eslovacos son muy buenos en estas disciplinas.

El BORA - hansgrohe no necesitó de mi presencia para lograr un puesto entre las diez mejores escuadras, y mis compañeros de equipo de la selección eslovaca se habían hecho a la idea de tener que disputar la prueba en ruta sin mí. Ayer por la mañana logré sacar a rastras de la cama mi pobre y sudado trasero para tomar un vuelo en Niza. Me tiré la mayor parte de los 2.500 kilómetros del viaje en el retrete.

En la salida me mantuve bastante callado; contento y, sobre todo, sorprendido de poder estar allí. La primera vez que pasamos por la línea de meta, tras adentrarnos en el circuito de Bergen, me giré hacia mi hermano Juraj, que iba junto a mí, ambos resplandecientes en nuestras equipaciones azul, roja y blanca de Eslovaquia. «Ya puedes fijarte bien», le dije, «porque no creo que volvamos a ver esta línea de nuevo».

Pero el ritmo tranquilo me venía bien, y lo mismo pasaba con la agradable temperatura que hacía. Un año atrás había

PRÓLOGO

conseguido ganar esta misma carrera bajo el sol abrasador de Catar. No creo que mi deshidratado organismo hubiera sido capaz de lograr algo así de nuevo. El clima de Noruega me resultaba mucho más cómodo.

Me hice un bunker en mitad del pelotón. Según avanzaba la carrera, cada vez quedábamos menos. En los mundiales siempre acaba abandonando mucha gente, por diferentes motivos. Primero: hay muchos países que mandan a sus ciclistas simple y llanamente para cubrir el expediente, y poder asegurarse con ello su presencia entre los poderes fácticos del ciclismo, sin temor a perder esa plaza en los años siguientes. Segundo: muchos de los corredores están para controlar la carrera, para tumbar las fugas o para meterse en ellas durante la primera mitad de la carrera, ayudando así a sus líderes. Cuando se desatan los fuegos artificiales, ellos ya han cumplido con su trabajo. Tercero: os aseguro que es una carrera larga, muy larga (267 kilómetros en 2017), que se celebra al final de una dura temporada, y pasas demasiadas veces por delante del área de boxes, tan seca, caliente y confortable. Puedes sentir el manillar cabecear hacia su canto de sirena como si tuviera voluntad propia, y la fuerza de su hechizo parece aumentar tras cada vuelta. Hay años en los que incluso puedes ver tu hotel desde el trazado.

La carrera fue bastante lenta hasta las últimas cinco vueltas. Entonces fue cuando todos los chicos de la selección holandesa se pusieron al frente, y, sin atisbo de duda, todo se volvió mucho menos cómodo. Da la sensación de que Holanda siempre consigue traer a los mundiales equipos en los que parece que no se vayan a acabar nunca las locomotoras; y si te pilla en mitad del pelotón ese momento en el que, de repente, empiezan a

pasar hacia adelante lo que parecen varias docenas de tíos con pinta de medir más de dos metros, y pesar todos ochenta kilos de puro músculo enfundado en un maillot naranja, más te vale apretar los dientes y respirar hondo. Te viene a la cabeza el indicador de «abróchense los cinturones». Sabes que la cosa se va a poner movida.

Resulta paradójico que ningún holandés haya ganado esta carrera desde que nació. Pero el que no hayan reinado durante tantos años no significa que no sepan cómo subir a alguien al trono, aunque sea sin querer.

A estas alturas ya había superado varias pruebas, así que me puse a enumerarlas mentalmente. Primera prueba: venir a Bergen. Hecho. Segunda prueba: tomar la salida. Hecho. Tercera prueba: que parezca que soy un ciclista, al menos durante una hora. Hecho.

Esta era la cuarta prueba: ser capaz de aguantar un tremendo cambio de ritmo. En fin, nunca seré de esos que después se preguntan ¿y si...? Será mejor que te pongas a ello, Peter.

Quedábamos ya unos cien. Cada vez que termina una carrera, sobre todo cuando gano, suelen pedirme que explique cómo se ha desarrollado, como si fuera una novela que acabo de escribir, moviendo protagonistas, desenredando la trama, dando un par de pistas falsas que pongan al héroe en peligro... Resulta una idea bastante atractiva, y comprendo el motivo por el que me lo piden, pero es imposible. No es que no se pueda construir una narrativa, sino que esa sería, solamente, mi narrativa. Así de sencillo. Hay cien tíos, y cada uno de ellos tiene su historia, que es diferente a la del resto. Yo, lo único que

PRÓLOGO

puedo hacer es contarles la mía. ¿Conocéis las cámaras GoPro? ¿Verdad que molan? Si instalas una en la parte delantera de una bici, te dará unos planos espectaculares, y podrás ver cómo son los procesos internos que conforman el desarrollo de la carrera. Pero imaginaos que no tenéis más formas de presenciar la carrera. Imaginad que en los mundiales de Bergen no hubiera cobertura aérea, planos desde las motos, ni cámaras en la línea de meta, ni comentaristas. Nada, durante las seis horas y media de la carrera. Así que esa sería mi historia, mi película, mi sesgada versión de entre cien versiones diferentes. No creo que demasiada gente estuviera interesada en verla.

He conseguido aguantar. Me concentro en la rueda que me precede. En realidad, lo que hago es esconderme. Suelo pedalear siempre cerca de la cabeza, porque eso me permite ver lo que está sucediendo, y resulta que cuando vas sobre la posición trigésima, las cosas se vuelven un poco confusas. Pero bueno, tampoco es que esté pensando en ganar, sino que más bien estoy pensando en aguantar y ponerle un final decoroso a los dos años en los que he portado este maillot arcoíris tan mítico.

El ruido alrededor del circuito no cesa ni un instante, y por mucho que haya aumentado la intensidad de la carrera, me resulta imposible no percatarme de la ingente cantidad de aficionados eslovacos que han venido a Noruega. Hay banderas de mi país izadas hasta el lugar más alto del cielo, en mástiles enormes. Cada vez que escucho mi nombre, me siento un poco más fuerte. Cada grito en eslovaco que me llega desde el margen de la carretera, me recuerda que tengo tras de mí a una nación entera, empujando, rezando para que suceda lo imposible. Se podían ver cientos de cascos vikingos con los colores nacionales

de Noruega, azul, rojo y blanco, enormes montañas de hombres agitando banderas, perritos calientes o latas de cerveza. En ningún momento nos dejó de acompañar el olor a salchichas chisporroteando, o de pescado ahumado chamuscándose. Se saltaba de un aroma al otro según pasabas frente a un grupo u otro. Los aficionados suizos hacían sonar cencerros de un tamaño inverosímil. No hay vaca en el Matterhorn que hubiera podido sobrevivir a una noche entera con ese peso al cuello. También había gran presencia de la Union Jack: difícilmente podrían dejar de aprovechar los fanáticos aficionados británicos la posibilidad de obtener un billete *low-cost* para pasar un fantástico fin de semana. Los aficionados franceses e italianos formaban grupos más pequeños, pero rebosantes de pasión, en los que se alababa a uno u otro ciclista en particular, vistiendo camisetas conjuntadas en las que pedían a los Tony Gallopin, Warren Barguil, Gianni Moscon o Sonny Colbrelli que les consiguieran el maillot arcoíris.

Durante los últimos veinticuatro meses me había acostumbrado a ese mismo maillot, y ahora me daba cuenta de que ya no contaba con el coraje y energía que le aporta al ciclista que lo viste. Era un ciclista más en los poco habituales colores de su equipo nacional, en mitad del pelotón principal mientras este pasaba como una estampida. No era ni Peter Sagan ni el campeón del mundo; solo una pluma más en las batientes alas del águila. No escuchaba los gritos de «¡Peter!» o «¡Sagan!» que suele provocar el maillot arcoíris. Sobre todo, por lo lejos que me encontraba de la cabeza. Me sentía cómodo en ese anonimato, pero si pensaba que aquel sentimiento de invisibilidad se extendía a la multitud de mis rivales, entonces me estaría engañando

